

IN MEMORIAM

**Alfonso Moure Romanillo
(1949-2023)**



El fallecimiento del profesor Alfonso Moure constituye un duro golpe para la arqueología española, que se ve privada de uno de sus principales referentes, pero produce especial consternación en la Universidad de Valladolid, a la que siempre estuvo y se sintió muy ligado. Aquí cursó, en efecto, la licenciatura en Historia (1967-1971), tras unos años en la Complutense retornó a nuestra universidad como Profesor Agregado de Prehistoria en 1978 y también aquí accedió a Catedrático y Director del Departamento de Prehistoria y Arqueología poco antes de trasladarse definitivamente a la Universidad de Cantabria en 1983.

Santanderino de nacimiento, el Alfonso Moure que llegó a Valladolid a estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras con tan solo 17 años era ya, para sorpresa y admiración de sus compañeros de curso, entre los que me encontraba, un experto paleolitista: había participado en famosas excavaciones como la de Cueva Morín, frecuentaba el Museo de Prehistoria de Santander que dirigía García Guinea, dominaba la tipología lítica, disfrutaba del magisterio y la amistad de Joaquín González Echegaray y, sobre todo, pese a su juventud, escribía sesudos artículos científicos en los que se permitía recomendar la introducción en los estudios sobre Paleolítico Superior en España del método estadístico-tipológico de Sonnevile Bordes-Perrot. Alfonso, persona excepcionalmente sociable y desprendida, lejos de encerrarse en su torre de marfil y de intentar sacar partido académico de aquella evidente superioridad sobre los demás, siempre puso su experiencia y saberes a disposición de sus compañeros de promoción para, en mi caso, convertirse al mismo tiempo en el mejor amigo y en el más cercano maestro. Me emociona recordar el apoyo que me prestó, sus desvelos, para que pudiéramos leer al tiempo nuestras tesinas y, sobre todo, no puedo olvidar que fue Moure quien apadrinó mis primeras armas arqueológicas, al hacerme el inmerecido regalo de compartir con él la dirección de las excavaciones que en el verano de 1971, el mismo año en que nos licenciábamos, llevamos a cabo en el yacimiento musteriense de la Cueva de la Ermita (Hortigüela, Burgos), en las que participó también, por cierto, siendo aún estudiante, el tan querido y admirado por ambos Juan Fernández Tresguerres.

La primera etapa vallisoletana de Alfonso Moure finalizó ese mismo año de 1971, cuando el Dr. Almagro Basch, con su proverbial ojo clínico, le fichó como Profesor Ayudante para la Universidad Complutense. Allí, en Madrid, no tardó en defender brillantemente su tesis doctoral “Magdalenienense Superior y Aziliense en la Región Cantábrica” (1974), pero incluso antes, el mismo año de su llegada, recibió de la Comisaría de Excavaciones del Ministerio de Cultura el encargo –y el honor- de dirigir las excavaciones en el casi recién descubierto santuario de arte rupestre de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias), que se convertiría en eje de sus investigaciones durante las siguientes tres décadas. Dadas las virtudes científicas y las cualidades humanas que adornaban a Alfonso (generosidad, empatía y una absoluta falta de afectación), no puede sorprendernos que Tito Bustillo se convirtiera en una excepcional escuela de prehistoriadores en la que coincidieron futuros grandes arqueólogos como Enrique Baquedano, Federico Bernaldo de Quirós, Victoria Cabrera, Carmen Cacho, Teresa Chapa, Manuel González Morales, Isabel Martínez Navarrete, Lawrence G. Strauss o Carmen Márquez. Las diez campañas de excavación de Moure en las áreas de Estancia y de Decoración de la cueva y las investigaciones efectuadas con posterioridad sobre el arte rupestre de todo el complejo kárstico, en colaboración con R. de Balbín a partir de 1979, convirtieron a Tito Bustillo en un yacimiento clave para el estudio del final del Paleolítico Superior cantábrico, aportando los

argumentos necesarios para su inclusión en julio del 2008 en la Lista del Patrimonio Mundial de la Unesco. Pero no fueron los únicos trabajos que realizó por entonces, ya que también acometió, junto a su compañero de departamento Manuel Fernández Miranda, la excavación del abrigo conquense de Verdelpino, cuyos resultados a nadie dejaron indiferente, tanto por la novedosa constatación en el límite oriental de la Meseta de huella magdaleniense, como por dar pie a proponer un nuevo modelo de neolitización para la Península Ibérica que desencadenó un apasionante y apasionado debate.

Con tan solo 28 años, en 1978, Moure se incorporó a la Universidad de Valladolid como Agregado, pasando a compartir departamento con algunos de los que habían sido sus antiguos profesores y distinguiéndose desde el primer momento como un excepcional docente. Su integración fue rápida y sencilla, ejerciendo pronto como Director del Departamento, como Vicedecano de la Facultad de Letras y como responsable de la sección de Prehistoria del *Boletín de Arte y Arqueología*. Buena parte de sus trabajos sobre el arte rupestre de Tito Bustillo datan de este momento y algunos de ellos (p. e. los dedicados a la Galería de los Caballos, al Camarín de las Vulvas o a las placas grabadas) se publicaron en la serie *Studia Archaeologica* de nuestra universidad, además, por supuesto, de ser presentados en diferentes foros internacionales. Queda claro con ello que la pasión de Alfonso por el Paleolítico cantábrico seguía intacta, lo que no quita para que, por responsabilidad, también se ocupara de explorar otros campos de la prehistoria meseteña: se interesó de nuevo por el Paleolítico Medio del valle del Arlanza, estudiando con un antiguo discípulo de Madrid, Ernesto García Soto, las industrias musterienses de Cueva Millán, muy próxima a La Ermita; contribuyó con la publicación de los grabados de Domingo García y de Maltravieso a atenuar la falsa creencia de un desierto en el interior de la Península durante el Paleolítico Superior; abordó por vez primera la problemática de los grabados rupestres postpaleolíticos del valle del Duero (cuevas de San García y de San Bartolomé, en Burgos y Soria respectivamente, o paneles al aire libre de Santa María de Nieva, en Segovia) y hasta hizo pequeñas incursiones en la Edad del Hierro, al tropezar con conjuntos de tanto interés (fibulas, cajitas celtibéricas, etc) como los de “La Ciudad”, en la localidad palentina de Paredes de Nava, donde hoy se sitúa la antigua *Intercatia*. Bien es cierto que estas últimas publicaciones solo cobran su auténtico sentido en el marco de la tesonera labor realizada por Alfonso durante tres años al frente de los Inventarios Arqueológicos y de las Excavaciones de Urgencia en las provincias de Palencia y de Valladolid.

A partir de su incorporación a la Universidad de Cantabria en 1983, la actividad científica de Moure se focalizó en el arte paleolítico, inaugurándose un periodo de fecunda colaboración con antiguos colegas, como M. González Morales, y con jóvenes profesores, como C. González Sáinz y P. Arias Cabal. Fruto de aquel ambiente de trabajo participativo, emergió un potente y cohesionado Departamento de Prehistoria y Arqueología que, gracias también en

buena medida a la intervención de Alfonso, devendría en el flamante Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, apoyado por el Grupo Santander y el Gobierno de la comunidad autónoma. De esta etapa son una serie de aportaciones que, a la par que revelan el empeño de Moure por obtener dataciones absolutas para las pinturas de Altamira, el Castillo, las Chimeneas, las Monedas o Venta La Perra, dan fe del descubrimiento de nuevos santuarios paleolíticos (Fuente del Salín, El Perro y San Carlos) o se dedican a revisar, aplicando modernas metodologías, otros más clásicos (La Haza, Covalanas, La Pasiega, Santián...). También contribuyó con su habitual empuje a la creación del equipo de La Garma, siendo una de sus últimas grandes satisfacciones saber que el proyecto, en base sobre todo a los estudios de la famosa Galería Inferior, obtuvo en 2021 el II Premio Nacional de Arqueología: solo los más grandes hombres celebran los éxitos de los amigos y compañeros con la misma satisfacción que los propios.

Desde finales de los años 80, con la Comunidad Autónoma de Cantabria en construcción, Moure se interesó de manera especial por la gestión del patrimonio arqueológico, implicándose en su conservación y difusión. Los escritos que dan fe de esta preocupación, en ocasiones publicados en la prensa diaria, fueron reunidos en 2006 en un grueso volumen por Ángeles Querol y su esposa Lourdes Ortega, y se ocupan lo mismo de los peligros de la afluencia masiva de visitantes a determinados yacimientos, que de la necesidad de crear una réplica de la cueva de Altamira o de abrir con garantías, no solo como espacio de conservación sino también de investigación, el Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria. En estas cosas Alfonso también fue un adelantado a su tiempo y uno de los primeros investigadores de nuestro país en asumir que, aunque el objetivo de la práctica arqueológica sea generar conocimiento sobre las sociedades del pasado, tan importante como ello es que el destinatario final de dicho conocimiento, con el inevitable filtro del trabajo científico, sea la sociedad *in extenso*. En la estela de este nuevo compromiso con el patrimonio, en 1985 fue nombrado Vocal del Patronato del Museo y Centro Nacional de investigación de Altamira, ese mismo año Miembro de la Comisión Técnica de Patrimonio Arqueológico y Arte Rupestre de la Comunidad Autónoma de Cantabria, en 1987 Director del Museo Arqueológico Nacional y vocal de la Junta Superior de Arte Rupestre del Ministerio de Cultura, y en 1988 vocal de la Junta Superior de Museos del Gobierno de España.

En 1999, en plena madurez intelectual y cuando aún no había cumplido 50 años, el profesor Moure se vio aquejado de un grave problema de salud que prácticamente le obligó a abandonar la vida académica. Nunca perdió del todo, sin embargo, el vínculo con la universidad, gracias al contacto que siguieron manteniendo con él regularmente algunos compañeros, muy especialmente los profesores Ramón Maruri y Javier Gómez. Con toda justicia, en 2008 recibió la Medalla de Plata de la Universidad de Cantabria en atención a los méritos

contraídos como profesor e investigador ejemplar, como director del Departamento de Prehistoria y Arqueología, como Decano de la Facultad de Letras y como Vicerrector, sucesivamente, de Ordenación Académica y de Relaciones Internacionales y Extensión Universitaria.

Falleció el 14 de mayo de 2023 y hoy le despedimos con los honores que exigen su brillantez y compromiso como arqueólogo y su excepcional categoría humana. Que la tierra te sea leve, querido Alfonso.

GERMÁN DELIBES DE CASTRO